

Julio Ortega*

▷ Post-teoría y estudios transatlánticos

En el actual escenario post-teórico, en el que se desarrolla lo que Ernesto Laclau ha llamado “una contaminación” entre la teoría y lo empírico, los estudios interculturales han adquirido un papel distintivo.¹ Probablemente la primera característica de un *período post-teórico* es cierta prudencia, o incluso reticencia, frente a la tentación, más bien académica, de proponer algún otro modelo teórico como relevo superior, sincrético y sumario. Pero, al mismo tiempo, la posibilidad actual de un espacio de diálogo menos determinado y vertical es un serio desafío crítico. Los estudios interculturales no solamente promueven una reconsideración de los discursos literarios, sino también la posibilidad de nuevos reencuentros entre la lectura, los textos, los géneros y los contextos. Esta vez esa interacción produce un objeto distinto (un objeto literario y cultural conceptualizado como proceso), que se muestra y demuestra tan poroso como persistente, tan cifrado como indeterminado. Este verdadero precipitado de resignificación es, por lo demás, a tal punto fluido, que incluso proyecta un subrayado paródico sobre la reciente hiperinterpretación teórica: hoy leemos como auto-derivativa buena parte de la crítica militante y como énfasis redundante su secuela académica. Se puede concluir que, en torno a este fin de siglo, el predominio de los grandes modelos teóricos fue excedido por su misma conversión en sistema de autoridad. Pero este agotamiento no hubiese sido posible sin el intenso cuestionamiento de la voluntad de verdad que esos modelos ejercían desde su posición centralizadora; fueron derivando en moneda corriente, mero poder académico y novedad mediática.

Tilottama Rajan (2001) afirma que “theory today has become an endangered species”; desplazada, en esta época de predominio economicista, por los *cultural studies*, a los que Rajan asocia a la tecnología propia de la globalización. La premisa conceptual de

* Julio Ortega es profesor de literatura latinoamericana en Brown University desde 1989, donde dirige el Proyecto Transatlántico. Ha ocupado la cátedra “Simón Bolívar” de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Cambridge, y es profesor honorario de la Universidad de los Andes, Mérida. Su libro más reciente es Rubén Darío y la lectura mutua (2002).

¹ Laclau, en su prefacio al libro de McQuillan et al. (1999), establece una solución positivista al dilema: “The destiny of theory in our century is a peculiar one. On the one hand we are certainly witnessing the progressive blurring of the classical frontiers which made ‘theory’ a distinctive theoretical object: in an era of generalised critique of the metalinguistic function, the analysis of the concrete escapes the rigid straitjacket of the distinctive theoretical framework/case studies. But, on the other hand, precisely because we are living in a *post*-theoretical age, theory cannot be opposed by a flourishing empiricity liberated from theoretical fetters. What we have, instead, is a process of mutual contamination between ‘theory’ and ‘empiria’ [...]” (vii).

estos “estudios culturales” estaría basada en la noción de una “absoluta transparencia”, en la “total comunicabilidad”.² Aunque esa fe en la racionalidad cognoscente parece extremar el optimismo de lo legible que distingue a la semiología, es también propia de la operatividad de una lectura de contextualización plana, cuyo principio de articulación presupone la transparencia de los objetos constituidos por un campo disciplinario. La lección demostrativa de esa lectura conlleva un voluntarismo político (porque hace de su demostración una denuncia normativa) y privilegia el papel heroico del sujeto (a veces incluso del crítico) entre los objetos historiados. Pero esta perspectiva, característica de las ciencias sociales, llevaba también la nostalgia de una política autosuficiente: hacía del documento la escena original de la denuncia. En la retórica de la denuncia, los objetos se convertían en tópicos.

Después del Archivo

En la perspectiva latinoamericana, sin embargo, la experiencia teórica de la lectura crítica se ha ido forjando desde la crisis de las disciplinas en tanto lectura monológica. La dinámica de los objetos sociales y culturales en estos países había rebasado el campo de lectura disciplinaria, desbordando la mirada de autoridad y control así como la productividad académica de esas lecturas, hoy día melancólicas. Los “estudios culturales”, dedicados a los medios y el consumo masivo; la “historia cultural”, dedicada a las configuraciones sociales de la memoria; y el relativismo “postmoderno”, especialmente dedicado a poner en duda la institucionalidad, se cuentan hoy entre las prácticas críticas que, con conciencia de su mirada parcial, confrontan los modelos del archivo académico y sus límites disciplinarios. Límites, además, de una objetividad puesta en duda por el flujo de la significación de los nuevos objetos y por las lecturas liminares de lo nuevo. Cuando los modelos disciplinarios trataron de reconvertirse en un archivo de genealogías (en nombre de la autoridad de la historia) o en campo cultural de la mercancía y el consumo (sociologismo determinista y estadístico), fue claro que la mirada normativa de las disciplinas perdía de vista la fuerza de los objetos en desplazamiento anticanónico y mezcla aleatoria. Algunas nuevas perspectivas surgieron en torno de los desbasamientos y desbordes de la escritura, desde la filosofía antimetafísica, la etnología del nomadismo y el psicoanálisis especulativo. Una vez más se demostraba que los límites disciplinarios no eran los de la experiencia social misma y, más aún, que los objetos culturales se resistían a ser “reciclados” por el funcionalismo mediático del “mercado” o la política identitaria de los “marginados”. Hasta el mercado revelaba espacios contradictorios, y los excluidos eran menos explicables cada vez entre espacios fracturados de una modernidad sin promesa. Dinamizados por la nueva complejidad de los objetos y la fluidez de los sujetos, los estudios interculturales pronto se distanciaron tanto de la documentación

² Rajan (2001) distingue dos tipos de *cultural studies*: por un lado, la tendencia que comprende al postcolonialismo, el género, la cultura popular y las formas de la vida cotidiana, y que se asocia con las ciencias sociales; por otro, la tendencia que incluye la tecnología y la ciencia, y se concibe como parte del progreso y la globalidad. La primera se dedica, al final, a la política identitaria, la segunda al economicismo. Ambas formas, en todo caso, prescinden de la literatura y la teoría, son un simulacro de ciencias sociales desde las humanidades y su “presentismo” se sitúa en la idea de un “fin de la historia”.

positivista como del constructivismo relativista; y entendieron que la instrumentación de unos y el escepticismo de otros eran lecturas situadas entre objetos no siempre legibles del todo.³ Una crítica radical se fue configurando más como demanda que como norma.

La promesa latente de esta transición, en efecto, partía de la irrupción de nuevos sujetos sociales que eran capaces de forjar estrategias y agencias culturales en un período en que las teorías dominantes habían empezado cancelando la actualidad de la noción de sujeto. Excluidas de los sistemas institucionales, con una práctica cultural probada a través de los discursos regionales, las migraciones de todo orden desplegaban la praxis de una identidad heteróclita. El lugar del sujeto se abría en la interpolación de espacios. La política identitaria no bastaba para cartografiar estos movimientos de desocialización. Aunque tal vez los aparatos del Estado mexicano terminaron por imponer a los zapatistas papeles clásicos de resistencia, denuncia y procesamiento de reclamos, ellos por largo tiempo fueron el movimiento campesino que tomó las armas para lograr un lugar en la mesa del diálogo. Los movimientos sociales pusieron la cuestión del sujeto, sus redes de negociación y tramas de asociación en el primer plano de la nueva esfera pública. Pronto se hizo claro que no se trataba sólo del Otro en sus márgenes de otredad exotista y remota. Se trataba de la inmediatez del sujeto itinerante entre roles y fronteras, capaz de subvertir incluso los marcos referenciales de la política; y cuyo nuevo lenguaje ponía en duda la ética tradicional desde el “tú” perentorio que decidía la fibra moral del “yo” situado.⁴

Algunos grupos de trabajo crítico prefirieron situar a este sujeto como “subalterno” entre agentes de la socialización estratificada; otros, como actor de una “resistencia” étnica entre sujetos institucionalizados; otros más, como víctima “aculturada” o desusantivada entre fuerzas “coloniales” y/o “poscoloniales”. Una amplia bibliografía da cuenta de los avances en estas lecturas, aun si algunas veces fueron voluntariamente presentistas, y en ocasiones se vieron gravadas por la buena conciencia profesional y el paternalismo liberal de las compensaciones simbólicas. El género del testimonio y las literaturas indígenas, así como los estudios del imaginario popular han contribuido notablemente a superar la autarquía purista y la nostalgia etnológica a cambio de la actualidad contradictoria de la “des-urbanización” de la cultura popular.⁵ Otros núcleos de trabajo eligieron el horizonte sin centro de los “estudios culturales”, con especial atención a los costos de la modernidad, los programas de neo-modernización, el papel de los medios de comunicación en el imaginario social, y las formas actuales de la cultura de masas. No dejaron de hacerse oír los grupos de inspiración postmoderna, cuyo cuestionamiento de la tradición disciplinaria ocurrió en momentos en que la universidad latinoamericana, sintiéndose amenazada de una parte por el neoliberalismo y, de otra, por las nuevas

³ Este debate, que sólo se anota aquí, ha circulado entre algunas revistas latinoamericanistas de persuasión crítica renovadora: *Journal of Latin American Cultural Studies* (Londres), *Revista de Crítica Cultural* (Santiago de Chile), *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (Dartmouth y Lima), y *RELEA*, *Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados* (Caracas), son algunas de ellas.

⁴ La cuestión del sujeto ha sido replanteada por Enzo del Búfalo (1991, 1998a, 1998b).

⁵ Los trabajos de Martín Lienhard (1992), William Rowe y Vivian Schelling (1991), y Yolanda Salas (1998) son fundamentales en este campo, todavía requerido de ordenamientos más comprensivos y articulados a una teoría de la crisis como desgarramiento y anudamiento de la cotidianidad. Esto es, de la comunidad viable.

corrientes de análisis contextual, se hicieron disciplinariamente más conservadoras. Los estudios literarios en Buenos Aires se focalizaron en los dramas de la nación y la nacionalidad. La historia se hizo historia documental y, en Brasil, discurso autosuficiente. Sólo en Santiago de Chile, después de la dictadura, la universidad cruzó las disciplinas, abiertas por la práctica teórica. Casi en todas partes la investigación más innovadora, interdisciplinaria y creativa, se hizo en los centros de investigación, dentro de pequeñas comunidades críticas. Y aunque aquí no se pretende hacer el catálogo de los grupos de trabajo pertinentes, hay que mencionar el fecundo trabajo de los que optaron por los estudios más concentrados de frontera, contacto o hibridación, que incluye las literaturas bilingües, las sagas migratorias y las formas más actuales de la mezcla como espacio creativo.

Estas y otras persuasiones críticas paralelas se caracterizan por su común focalización empírica, su independiente manejo de las fuentes y modelos teóricos, y por su conciencia metódica de las fronteras académicas. Fredric Jameson pensó que los estudios culturales eran una re-politización de la academia norteamericana, pero en su entusiasmo olvidó que la política en el *campus* sólo puede ser clásicamente liberal. Por ello, la dimensión política de la crítica ha cuajado mejor en la puesta en duda de los modelos dominantes y en el debate sobre la domesticación institucional y la conversión de la academia en mercado. Nos movemos hoy entre las operaciones de una lectura que recobra el radicalismo crítico de los discursos y los textos, liberados del museo del canon y del archivo del origen, y devueltos a la fuerza procesal de su presente indeterminado y sin término.

En el campo del latinoamericanismo y el hispanismo, hay que decir que estas prácticas contextualizadoras, a pesar de algunas iniciales tentaciones de autoridad, han contribuido a renovar este diálogo, más allá de las fronteras monolingües de las jergas autoritarias de hace poco, de las convicciones autocráticas y de la consolación de las áreas especializadas. Y no hace falta ya ocuparse de quienes creían que reivindicar sus inclinaciones personales les demandaba una filosofía entrañable y reditual. La biografía de la profesión académica incluye los “ismos” de militancia en los poderes al uso, pero seguramente también las asimilaciones burocráticas de minorías convertidas en ciudadanos de segunda clase. La creatividad de la crítica está en primer lugar en su fuerza autocrítica.

El modo del diálogo

En este espacio fluido y heterogéneo, el trabajo crítico se puede hoy concebir como una libre instrumentación definida por su capacidad dialógica. Si su protocolo es el diálogo re-situado, su pertinencia es operativa, comunicacional, y su significado, la hipótesis de una articulación. Es por eso que se nos han hecho concurrentes muy diversas instrumentaciones críticas, desde la genética textual (basada en el archivo actualizado) hasta el constructivismo (des-basado en la construcción retórica). Puede darse por demostrado no sólo que las disciplinas son todas hijas de su tiempo, y muchas veces opciones históricas de reordenamientos estatales y formaciones nacionales; sino también que los objetos artísticos, literarios y culturales dicen más de sí mismos bajo la luz mediadora de una lectura capaz de desplegar el trayecto del objeto tanto en su linaje histórico como en su naturaleza formal. Las disputas por la interpretación son parte de la

operatividad analítica, pero asimismo de la historia cultural, e incluso política, de los objetos vueltos a leer.

La pertinencia del principio dialógico se ha hecho patente en la necesidad de avanzar la investigación en el entramado de lo intercultural. Esto es, en el riesgo de proponer nuevas lecturas de la articulación entre prácticas sociales, producción simbólica y relatos de identificación y diferencia. Sería vano postular un método único para ello, conociendo la hibridez circulatoria de los objetos; más interesante es asumir la apertura creativa del campo, ampliado por las interacciones trans-disciplinarias –“transdisciplinaridad” llama Isabelle Stengers a la aproximación de dos disciplinas en una zona en que ambas se desconocen (Prigogine/Stengers 1979)–. Es preciso, por ello, reconocer la voluntad exploratoria de la crítica radical, libre del fetichismo de las autoridades teóricas y capaz de cruzar las disciplinas y suscitar un *network* de debates. Derrida ha dicho que, de haber muerto, la *deconstrucción* seguiría, al modo del fantasma del padre freudiano, más presente. Mas bien, podría estarlo al modo de las tesis de Marx y Freud, circulando como formas de la conciencia crítica moderna o, dado el caso, postmoderna. Aun si los excesos son caricaturas, no se puede olvidar que hace diez años se daba por demostrado que el mundo indígena en la obra de José María Arguedas, por ejemplo, era simplemente un mito nacional, arcaico y sentimental. De allí a sostener que los indígenas sólo pueden hacerse modernos o desaparecer, había un paso; pero era un paso en el abismo del contrasentido: esta condena probaba la bancarrota moral y crítica de quienes necesitaban sancionar a los sujetos excluidos para sostener su lugar dominante y lo hacían, además, desde otro mito, el de un Occidente provisto de todas las razones, incluso la de la sanción mortal. Más pragmática, gracias a que está forjada en el saber teórico, la crítica radical se realiza como tal en el anudamiento de los objetos culturales con sus contextos de origen pero también de destino. Sintomáticamente, la obra de Arguedas, por su saga de una migración fracturada dentro de lo moderno, por su urgencia de sentido comunitario como por sus enigmas de encantamiento y desencanto, se nos ha hecho más actual. Como ha sugerido Doris Sommer (1999), el objeto cultural minoritario (bilingüe, hecho en los micro-relatos del borde) es el más frágil y requiere de mayor cuidado.⁶

Los estudios interculturales buscan ahora redefinir los términos de su ejercicio. Para algunos grupos de trabajo, se trata de replantear los “estudios americanos”, incluyendo las varias lenguas del continente y re-situando las relaciones de frontera, región y nación (lo que llaman lo “post-nacional” para destrabar el relato dominante de una abusiva unidad autorizada). La discusión sobre comunidad, nacionalidad, ciudadanía, y el papel de la mezcla y la hibridez de las identidades no basadas en la semejanza sino en la alteridad (Ricoeur 1992), se ha revelado como más compleja, a pesar de la simplificación introducida por el proyecto de la “globalización”, o por ello mismo. Justamente, redefinir la “globalización” como productora de diferencias, esto es, de su propia contradicción simétrica, es una necesidad teórica de la reapropiación. Para otros grupos, se trata de reformular el largo y desigual intercambio entre España y América hispánica, de modo de superar la lamentable división de áreas “peninsular” e “hispanoamericana” que ha

⁶ Alberto Moreiras (2001) ha historiado el debate de las distintas persuasiones críticas ensayadas por el “latinoamericanismo” en la academia norteamericana y ha puesto al día la pertinencia de la obra de José María Arguedas como paradigma heterodoxo.

envejecido en la rutina y ha vuelto grises, sin raíces y sin frondas, a los textos más relevantes; aquellos, precisamente, que se entienden mejor en su inclusividad y mestizaje. No deja de ser penoso el hecho de que haya todavía expertos en el barroco, por ejemplo, que ignoren del todo sus fuentes americanas, ya que el barroco español se remonta al asombro y la abundancia del Nuevo Mundo, y no se podría entender sin el oro, la plata, el chocolate, la piña, los pájaros, los colores y sabores del gabinete de Indias. Y aunque la noción de una “conciencia criolla” convierte el objeto en demostración de sí mismo, con falacia presentista, la mezcla tolera muchos nombres en tanto respondan no por la nivelación del promedio, del término justo o de la causalidad nacional, sino por lo específico de la forma social y la diferencia cotidiana.

En esa búsqueda de iniciativas críticas, que suman además la enseñanza y la metodología, los “estudios transatlánticos” aparecen como una posibilidad distintiva, libre de la genealogía disciplinaria, que reduce los textos a su origen, pero también libre del *parti pris* liberal, que requiere de un sujeto en el papel de la víctima (colonial, sexual, imperial, ideológica...). La lectura transatlántica parte de un mapa reconstruido entre los flujos europeos, americanos y africanos, que redefinen los monumentos de la civilización, sus instituciones modernas, así como las hermenéuticas en disputa. Por ello, esta lectura da cuenta más que de un tiempo histórico de un tiempo trans-histórico, entrecruzado de relatos una y otra vez actualizados. Su discurso se mueve entre islas que rehacen la nominación y costas que exceden la catalogación. La historia cultural del sujeto transatlántico no hace sino recomenzar.

Los estudios transatlánticos potencian distintas articulaciones disciplinarias y diferentes levantamientos del campo de estudios sociales y humanísticos. En Inglaterra designan por lo menos dos tendencias: los estudios de la nueva internacionalidad, que pone en primer plano a los interlocutores poscoloniales, y los estudios anglo-americanos, que suman ahora las varias minorías étnicas y culturales del Reino Unido y de los Estados Unidos. Son tendencias animadas por el principio, incluso la promesa, de vincular y ampliar estos espacios desde el modelo concurrente del diálogo (lo que sabemos unos de otros) y de lo trans-disciplinario (lo que no sabemos uno del otro).

La cuestión del sujeto

Un caso ilustrativo de estas operaciones de leer, que al situar al objeto deciden su estatuto, es el de Caliban en *The Tempest* de Shakespeare. Las últimas lecturas de la pieza y su sujeto caribeño (Caliban: Caribe, caníbal) pertenecen a la teoría poscolonial. Se puede resumir esta perspectiva diciendo que en los estudios poscoloniales la hipótesis dominante ha sido el paradigma político del imperialismo —“a dominating metropolitan center ruling a distant territory”, según Said (1993)— y su noción simétrica de eje y periferia, así como el esquema ideológico del amo y el esclavo, y la ética del Otro y la otredad. Implica, por otro lado, la visión historicista del sujeto colonial privado de identidad por la fuerza brutal de lo moderno. En una derivación reduccionista, la “teoría de la dependencia” llegó a negar que el sujeto latinoamericano tuviese una cultura auténtica, habiendo sido desposeído de sustancia por la cultura dominante. Sin embargo, si nos situamos en una lectura intercultural, podríamos comprobar que no siempre el sujeto colonial ilustra la victimización sino que, muchas veces, es capaz de negociar sus pro-

pios márgenes. Este sujeto no está siempre confinado a la narrativa de los amos de turno ni al archivo de las genealogías. Ni tampoco es siempre transparente a las ciencias sociales, siendo una representación primero discursiva y, luego, política. Por lo mismo, en *The Tempest* podríamos comprobar que Caliban no sólo aprende a hablar para “maldecir”, como él mismo dice. Greenblatt (1990) ha postulado persuasivamente que esa “ganancia” de Caliban es su respuesta definitiva.⁷ Pero, en verdad, sería una ganancia que confirmaría su condición dominada y subsidiaria. Más interesante es comprobar que al aprender a hablar es capaz de nombrar. Y por tanto, de reapropiar la diversidad de su propia Isla, recuperándola del poder de su amo, gracias a que él conoce mejor la fertilidad y abundancia de los árboles, frutas y aguas corrientes de una naturaleza que re-habita gracias al lenguaje. Esa es la transición del sentido: su paso de “hombre natural” (esclavo) a “noble salvaje” (humanizado por el lenguaje). Es decir que, frente a una lectura que lo requiere más monstruoso para probar su denuncia, esta lectura lo propone en el proceso de su humanización para demostrar su construcción de una agencia. Este es el mismo sujeto colonial que en la *Nueva Corónica* de Guamán Poma de Ayala aprende a escribir y en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso aprende a leer. Porque la lengua española, apropiada, es una herramienta para reconstruir la memoria cultural y restablecer los nuevos espacios mutuos. Nuestro sujeto, por lo mismo, es construido por la intensa hermenéutica del intercambio: a las definiciones europeas siguen las redefiniciones americanas. En un sentido, se trata de una alegoría renaciente del “filósofo autodidacta”. Los intelectuales mestizos y nativos pusieron a este sujeto a trabajar no en el pasado perdido sino en el porvenir haciéndose: el diálogo, la diferencia, la negociación. Se puede, por ello, demostrar que el mundo colonial fue la verdadera modernidad de España —una modernidad paradójica, en efecto, pero pronto una civilización del signo político de la mezcla—.

En el grupo de trabajo Proyecto Trans-Atlántico de Brown University, a partir del Seminario Iberoamericano organizado con los hispanistas de la Universidad de Cambridge (1995 y 1996), hemos creído levantar este campo de estudios como una nueva exploración de la historia intercultural: las representaciones del sujeto atlántico y la reescritura del escenario colonial, la construcción del Otro en el relato de viaje, la hibridez de la traducción, el tránsito de ida y vuelta de los exilios y las vanguardias, son algunos núcleos de este debate. En el proceso de definir una agenda del diálogo, incluyendo a colegas de Harvard (Doris Sommer), Boston University (Alicia Borinsky) y Dartmouth College (Beatriz Pastor), se fue formulando la noción de lo transatlántico como la trama teórico-práctica de interacciones entre Europa, especialmente España, y las Américas nuestras. La temática de estudio surgió de los intereses del grupo y, desde el primer momento, introdujo la actualidad del español en Estados Unidos como fuerza social y cultural mediadora entre espacios desiguales. En otros foros, y sobre todo en el dedicado al español en Estados Unidos organizado en la Casa de América de Madrid (1997) por el Proyecto Trans-Atlántico, se exploró la tesis de que los objetos culturales nuestros se leen mejor a la luz de ambas orillas del idioma, en su viaje de ida y vuelta, entre las migraciones de las formas y las transformaciones de los códigos. Colegas de la Universi-

⁷ Greenblatt afirma que “Caliban’s retort might be taken as self-indictment: even with the gift of language, his nature is so debased that he can only learn to curse” (1990: 25).

dad de Puerto Rico se sumaron al grupo de trabajo y convocaron a un coloquio sobre “El Caribe Transatlántico”, que demostraba la actualidad de la perspectiva en una región hecha, desde sus orígenes, por la dinámica de ese intercambio. “México transatlántico” (2001), coloquio organizado por el Proyecto Brown y la División de Estudios de la Cultura de la Universidad de Guadalajara, se llevó a cabo con la participación de colegas de la UNAM, la UAM, El Colegio de México, la Universidad de Guadalajara y la Universidad de Buenos Aires. La tesis de estos coloquios es que nuestros países no son solamente creaciones nacionales sino también el producto de la interacción cultural con el mundo Atlántico y sus varios capítulos de una Modernidad que no se podría entender sin su contradictoria hechura latinoamericana. En una época de “globalidad” estos estudios buscan demostrar los dramas de la particularidad y la diferencia.⁸

Quizá lo mejor de los estudios transatlánticos, favorecidos por la “nueva historia”, que trabaja sobre la memoria como una orilla fecunda del presente, sea el hecho de que no requieren de un programa o un canon: son una exploración abierta. De allí su apuesta por la reconstrucción del diálogo.

Bibliografía

- Burke, Peter (1997): *Varieties of Cultural History*. Ithaca: Cornell University Press.
- Del Búfalo, Enzo (1991): *La genealogía de la subjetividad*. Caracas: Monte Ávila.
- (1998a): *El Sujeto encadenado*. Caracas: Ediciones CDC.
- (1998b): *Individuo, mercado y utopía*. Caracas: Monte Ávila.
- Dosse, François (1999): *Empire of Meaning: The Humanities and the Social Sciences*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Greenblatt, Stephen J. (1990): *Learning to Curse: Essays in Early Modern Culture*. New York: Routledge.
- (1991): *Marvelous Possessions. The Wonder of the New World*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Herlinghaus, Hermann/Walter, Monika (eds.) (1994): *Posmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural*. Berlin: Langer.
- Kogler, Hans Herbert (1999): *The Power of Dialogue: Critical Hermeneutics after Gadamer and Foucault*. Cambridge: The MIT Press.
- Lienhard, Martín (1992): *La voz y su huella: Escritura y conflicto étnico-social en América Latina, 1492-1982*. Lima: Editorial Horizonte.
- McQuillan, Martin et al. (eds.) (1999): *Post-theory, New Directions in Criticism*. Prefacio de Ernesto Laclau; postfacio de Hélène Cixous. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Moreiras, Alberto (2001): *The Exhaustion of Difference: The Politics of Latin American Cultural Studies*. Durham: Duke University Press.
- Ortega, Julio (1997): *El principio radical de lo nuevo. Postmodernidad, identidad y novela en América Latina*. Lima: Fondo de Cultura Económica.
- (ed.) (1999): *La postmodernidad explicada por latinoamericanos*. Número especial de la revista *La Torre* (Universidad de Puerto Rico) IV, 12.

⁸ La revista *Signos* de la Universidad Autónoma Metropolitana (México) dedica un número (II, 2, 2002) a una muestra de trabajos vinculados a los foros de Brown.

- Pratt, Mary Louise (1992): *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. New York: Routledge.
- Prigonine, Ilya/Stengers, Isabelle (1979): *La Nouvelle Alliance*. Paris: Gallimard.
- Rajan, Tilottama (2001): "The University in Crisis: Cultural Studies, Civil Society, and the Place of Theory". En: *Literary Research/Recherche littéraire* (International Comparative Literature Association, University of Western Ontario) 18, 35, pp. 8-25.
- Ricoeur, Paul (1992): *Oneself as Another*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Rowe, William/Schelling, Vivian (1991): *Memory and Modernity: Popular Culture in Latin America*. London: Verso.
- Said, Edward W (1993): *Culture and Imperialism*. New York: Knopf.
- Salas, Yolanda (1998): "Nuevas subjetividades en el estudio de la memoria colectiva". En: Alemán, Carmen Elena/Suárez, María Matilde (eds.): *Venezuela: tradición en la modernidad*. Caracas: Universidad Simón Bolívar / Fundación Bigott, pp. 261-279.
- Sommer, Doris (1999): *Proceed with Caution, when Engaged by Minority Writing in the Americas*. Cambridge: Harvard University Press.
- Subirats, Eduardo (1994): *El continente vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*. México: Siglo XXI.